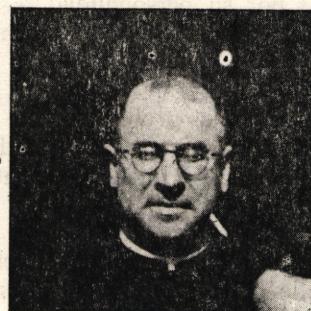


INSPECTORIA SALESIANA

"S. GABRIEL ARCANGEL"

Santiago de Chile



Queridos hermanos:

El 12 de julio de 1974, el Padre Dios llamó a su eterna morada a nuestro hermano y amigo sacerdote

EDUARDO VAN HEESE DE BOOY

nacido un 18 de octubre de 1912 en La Haya, Holanda; Teodoro y Paulina fueron sus padres, de quienes seguramente heredó las notables cualidades que siempre lo caracterizaron.

En Sint Denijs-Westrem tuvo su primer contacto con la Obra de Don Bosco; el 24 de agosto de 1930 ingresaba al noviciado salesiano de Grand Brigand, profesando, por vez primera el 26 de agosto de 1931.

Rápidamente ganado por el espíritu y el carisma salesianos pidió y obtuvo ir a las misiones... y CHILE fue su campo de acción apostólica hasta el día de su muerte. Comenzó su experiencia en las lejanas tierras magallánicas, soñadas y amadas con predilección por nuestro padre DON BOSCO.

Terminado su tirocinio pasa al Teologado Internacional "Don Bosco" de La Cisterna, en la Capital, donde, no bien llegó, hizo su profesión perpetua el 13 de marzo de 1937. Terminados sus estudios teológicos, es ordenado de sacerdote el 30 de noviembre de 1940 por el Exmo. Arz. José María Caro Rodríguez, futuro primer Cardenal chileno.

Ya sacerdote, regresa a las tierras magallánicas, donde pasará ejerciendo su sacerdocio durante muy llenos veinte años, repartiéndose entre el apostolado

docente en el Liceo "San José" y el apostolado parroquial en la popular Parroquia de "San Miguel".

El Colegio "El Patrocinio de San José" en la Capital, Valdivia y Concepción son las otras casas que supieron de su labor, entusiasmo y alegría.

El que esto escribe, lo conoció hace muchos años... desde 1953, aunque ya antes lo había visto y admirado, pero con esa admiración y visión que tiene un niño de cortos años.

Como sacerdote tuve contacto con él y convivir muchos años en la misma Comunidad.

No es fácil hacer una semblanza, en pocas palabras, de una persona que se ha conocido y que ha impactado fuertemente por su personalidad... no se sabe por donde empezar, se corre el riesgo de decir poco y de dejar muchas cosas por decir.

Espigando se podrían señalar dos características profundamente notables en su figura de salesiano: la ALEGRIA por una parte, y el espíritu de RENUNCIA y SACRIFICIO, por otra, encubierta ésta última inteligentemente por la primera.

Su ALEGRIA: era, en verdad, contagiosa, franca y sincera, con el chiste y la broma a flor de labios, endulzando con ello hasta los momentos, en que, en uso de su autoridad, debía tomar actitudes serias.

ALEGRE, muy alegre... fue su característica principal que lo dibujaba de cuerpo entero. Sus carcajadas eran sonoras, espontáneas, denotaban lo jugoso de su espíritu, sin exageraciones ni falsoedades; aún durante su última enfermedad era la alegría de la Clínica en la que se encontraba, maravillando a enfermos y personal asistencial.

Sus bromas y chistes, sabrosos, a veces pícaros, nunca groseros, lo hacían ganarse el ambiente donde, abriendo paso con su regocijo, debía prodigar los cuidados de su apostolado; jamás se sobrepasó en la manera de conversar y de entretenér, considerando, primero, el auditorio que lo rodeaba, la calidad, edad y preparación de sus oyentes. Sucedía que, a veces, lo que causa hilaridad y alegría en algunos, puede ser motivo de escándalos en otros. El P. Eduardo sabía adaptarse a las circunstancias y al momento.

Su presencia era esperada con interés en las fiestas y otros momentos de expansión, pues la sabrosidad de sus expresiones eran siempre bien acogidas. Aún, hoy, después de casi seis años de su deceso, en algunos lugares de su actividad salesiana y sacerdotal se comentan con gusto sus chascarrillos y sonoras carcajadas.

Cuanta verdad es que "Hilarem datorem diligit Deus..."

A cuántos acercó a Dios mediante el carisma de su risa franca y cordial. RENUNCIA Y SACRIFICIO: otra de sus cualidades que lo distinguieron.

Hay que haber vivido en Magallanes, para entender en toda su magnitud el valor de estas dos virtudes.

Ser religioso ejemplar y cumplidor de la pobreza cuando se está en un ambiente en que todo se tiene a la mano, no se tiene mayor merecimiento que el que proviene del desprendimiento interior y la voluntad de aceptar las privaciones que el Señor permita.

En cambio, ser pobre, cuando poco o nada se tiene... sufrir el frío, cuando en realidad no hay como obviarla, requiere en el religioso no sólo esa

aceptación interior, sino esa otra exterior y real que físicamente recuerda que todo se ha dejado por el Reino de los Cielos.

Este tipo de renuncia y sacrificio fue el que sobrellevó religiosamente el P. Eduardo. Anticipándose a los tiempos fue a compartir con otro sacerdote, el P. Evaristo Passone, unas pobres y destartaladas piezas anexas a la Parroquia de S. Miguel, parroquia popular y obrera, faltos de toda comodidad, estrechas e incómodas, digno ejemplo para el rebaño que le había tocado dirigir.

Todo buen religioso está dispuesto al sacrificio y a la renuncia de los bienes terrenales, por lo menos se le pide una mayor disponibilidad en ello, pero resulta arduo y difícil el practicarlo; así lo hizo el P. Eduardo.

Se sacrificó salesianamente, es decir con tanto optimismo y alegría que estas cualidades cubrían, a la perfección, tanto sacrificio y desprendimiento.

Ejemplo de ello dio cuando los superiores, confiando en su prudencia y preparación le asignaron la Dirección del Instituto Don Bosco, una de las Casas de la región magallánica, cargo que desempeñó por cuatro años desde 1958.

Pertenecía a la Comunidad de Concepción, cuando el mal oculto que lo minaba hizo crisis; para su mejor atención se trasladó a la Casa Inspectorial, donde se le prodigaron todos los cuidados que requería, cuidados a los que se hicieron solidarios los hermanos salesianos de la Inspectoría de Buenos Aires que enviaron con prontitud las medicinas indicadas por los médicos.

Todo fue inútil... el Señor tenía preparado el recibimiento a su servidor fiel.

Sirvió al pueblo, que, en su sencillez y bondad natural, supo leer dentro de esa contagiosa alegría la entrega y servicio a los demás.

De él, como de otros muchos hermanos nuestros, se podría afirmar:
"SIERVO BUENO Y FIEL...
FIEL EN LO POCO...
ENTRA A GOZAR EN LA CASA DE TU SEÑOR."

En verdad creemos que "debe gozar en lo mucho de la Casa de su Señor".

Pbro. SIMON KUZMANICH BUVINIC
Secretario Inspectorial
Santiago, 9 de abril de 1980

DATOS: Sacerdote EDUARDO VAN HEESE DE BOOY, de La Haya (Holanda), nacido el 18 de octubre de 1912, y fallecido en Santiago de Chile, el 12 de julio de 1974. Tenía 62 años de edad, 43 de profesión y 34 de sacerdocio. Fue Director por 4 años.

se ha de considerar que es el caso de la otra parte que el que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

Se considera que el que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar. El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.

El que se ha de considerar es el que se ha de considerar.